AÑO XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 31.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,
Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Puf de cintas.—Flores de lana: la caléndula.—Tapetillo de lámpara: aplicacion.—Explicacion del grabado de modas.—Leandro.—Aria de Pergolese.—Viaje de sir Edmundo Broomley.— Un año de matrimonio.—Mesa revuelta.—tro.—Problemas de ajenrez.—Geroglífico.

Puf de cintas.

Este prendido, que conviene á los rostros muy jóvenes, se compone de un cópete de cintas de tafetan *azul celeste*, y *de una rama de rosas con musgo*, terminadas por un gran lazo de cinta de tafetan negro. El *puf* se pone á un lado; se adorna por *el otro extremo con un lazo de cinta negra y otra* rama de rosas. Todos estos adornos van puestos sobre un aro ovalado de alambre, que se forra de terciopelo negro, y que tiene 63 centímetros de circunferencia. El dibujo que representa al *puf* visto por dentro, muestra que el copete principal se pone sobre una especie de marco de alambre de 11 centímetros de largo, sobre el cual se pone tul muy estirado. Este marco se sujeta al aro principal; el copete que lo cubre se compone de 44 bucles de cinta, cada uno de los cuales se hace con un pedazo de 10 centímetros de largo y 8 de ancho. Primeramente se colocan en el contorno exterior 18 ó 19 bucles puestos en pié; el interior se rellena del mismo modo, y de tal manera que los bucles parezcan como enlazados entre sí; en la parte posterior del copete se pone la rosa y el lazo negro; para *éste, se toma cinta de 5 centímetros de ancho; con* pedazos de ella de 8 centímetros de largo se hacen 6 bucles; se le añaden 3 cabos de 34 á 42 centímetros de largo, y *se ponen junto á la flor. El lazo sin* cabos de la segunda rosa se coloca en el extremo opuesto del adorno, segun se ve en los dos dibujos que lo representan aislado.

PUF DE CINTAS.

FLORES DE LANA.

LA CALÉNDULA.

MATERIALES.—Lana cáñamo amarillo oscuro y verde; alambre.

Esta flor se compone de cinco hojas, que se ejecutan del modo siguiente:=Se toma alambre (sin forrar), de él se corta para cada hoja un pedazo de 9 centímetros de largo, y sus dos cabos se tuercen juntos, de modo que formen una especie de raqueta prolongada (véase el dibujo que representa la ejecucion de una de las hojas). Donde termina el cabo de la raqueta se asegura una hebra de lana amarilla, y se conduce la hebra de un extremo á otro de la *expresada raqueta (véase el dibujo arriba citado),* despues se cubre este con vueltas, dejando la hebra del medio ya por arriba, ya por debajo; la lana se aprieta cuanto es posible, y cuando se ha llegado al *cabo de la raqueta se ha terminado una de las hojas* (véase el dibujo que la representa). Cinco de ellas se hacen en todo, y luego se prepara el corazon *de la flor. Se sujeta en el alambre destinado al* tallo una borla compuesta de 14 hebritas de lana verde; esta borla se rodea con 20 hebras de lana amarilla; todas estas hebras se anudan á medio centímetro de distancia sobre el tallo; la lana verde se atusa muy por corto; tambien se corta la amarilla, pero dejando que tenga cosa de un centímetro mas que la anterior, despues se peina todo cuidadosamente y por fin se fijan las cinco hojas al rededor del corazon de la flor.

Tapetillo de lámpara.

APLICACION.

MATERIALES.—Paño fino, gris y blanco; torzal de seda negro; felpilla fina gris; carton, etc.

La forma de este tapetillo convendrá no solo á las lámparas sino tambien á los candelabros de tres piés: la labor de aplicacion difiere de las anteriores de este género que han sido publicadas hasta aquí en que los dibujos que aparecen en blanco se aplican, no *encima*, sino *debajo* de la tela de color mas oscuro.

El fondo se hace con un pedazo de paño blanco del tamaño de nuestro dibujo, que representa al objeto en su magnitud natural. Sobre un pedazo de paño gris, que tenga solo 2 centímetros y medio menos que el pedazo blanco, se trazan los contornos de los arabescos, y se recorta el dicho paño gris para dejar aparecer el paño blanco donde quiera que lo indique asi el dibujo. El pedazo de paño os*curo se cose sobre el claro, y se ejecutan los di*ferentes adornos. Todos los contornos recortados se orlan con felpilla fina, tambien gris, atravesada de *trecho en trecho por puntos que se hacen con tor*zal blanco de seda; para la estrella del centro, los puntos con que se atraviesa la felpilla son de torzal negro de seda. Cada vez que el dibujo lo exija se pasa la felpilla (ensartada en una aguja de tapicería) al través de los pedazos de paño. En el medio de la estrella gris se ejecuta una especie de enrejado con seda blanca, asegurada, en todos los sitios en que se cruza, por una cruz ejecutada con seda negra. En cada uno de los tres arabescos de las esquinas, se hace con la trencilla gris un enrejado semejante, asegurado con cruces hechas con seda negra. Además de estos enrejados, se halla en los arabescos una especie de estrella hecha con felpilla gris, sujeta en su centro por una cruz de seda negra; esta estrella va separada del enrejado por un lunar de paño negro, atravesado por seda blanca, y termina á cada lado por dos nudos de felpilla gris; estos nudos se hallan tambien en la parte blanca que rodea á la estrella del centro; tambien se co*locan aquí lunares de paño negro, como los ya di*chos. Este fondo se arma sobre un pedazo de carton de la misma forma, forrado de percalina.

La guarnicion se compone de hojas aisladas, cu-

© Biblioteca Nacional de España

yo dibujo publicamos en tamaño natural. Se las hace alternativamente de terciopelo negro, de paño gris,—y de paño blanco; se recortan sus bordes con el sacabocados. Sobre las hojas negras, los lunares son de paño blanco, y van atravesados por seda negra,—sobre las hojas grises, los lunares son negros, atravesados por seda blanca,—sobre las blancas, lunares grises con seda negra; las hojas se cosen aisladamente sobre el fondo.

Esta labor produce un bellísimo efecto; hay en ella originalidad y distincion.

Explicacion del grabado de modas.

A la izquierda.—Paletot semi-ajustado de tafetan negro, con pelerina de cabos anchos, guarnecida con un ancho encage puesto plano, y encage estrecho por su orilla.—*Al lado.* Paletot de tafetan negro con doble pelerina, orlada de fleco de felpilla. —*Encima.* Paletot de tafetan negro, ricamente bordado.—Albornoces argelinos.—Chal de cachemira blanca, bordado de negro, guarnecido de guipur negro.—*Niños.* Manteleta Maria Antonieta, de tafetan negro.—Paletot-saco de cachemira gris, con orla de terciopelo negro.—Paletot mas ajustado de piqué blanco, con guarnicion de piqué lila.—*Encima.* Paletot semi-ajustado de paño de verano gris ceniciento, con presillas de tafetan negro.—Paletot con solapas guarnecidas de encage negro.—Polonesa adornada con presillas figuradas por cintas de terciópelo negro y guipur estrecho: un ancho boton de pasamanería reune estas presillas.—Gaban de cachemira color crudo con orla bordada de seda negra.—*Encima.* Saltambarca de piqué blanco, con bordados negros.

LEANDRO.

(Conclusion.)

Al oir el ruido del coche que se alejaba, la pareció que su felicidad huia tambien, y cuando cesó enteramente aquel ruido, se imaginó que su felicidad habia desaparecido para siempre.

No se encontrará exagerado este dolor mudo, profundo, lleno de siniestros presentimientos, si se recuerda qué emociones habia sufrido durante el dia aquella jóven de una sensibilidad de organizacion tan delicada.

Así no es de extrañar que al verse sola por primera vez, de noche en una casa aislada y silenciosa, se sintiera sobrecogida de terror, y que de resultas de esta disposicion de ánimo recordara las sensaciones mas penosas entre todas aquellas que habia experimentado.—Pensó en la muerte de su padre que habia ocurrido trece años hacia en aquella misma noche; pensó en la relacion de Leandro y en su posicion de huérfana, y sobre todo pensó en aquel hombre, en aquel desconocido que aparecia á sus ojos de repente y que quizá en aquel momento estaba en frente de ella y la expiaba.

PUF VISTO POR DENTRO.

Blanca estaba de pié, oprimida, como clavada en su puesto bajo la influencia de un terror que no podia dominar; y sin atreverse á hacer un movimiento.

Habia una tercera persona que escuchaba con no menos atencion el ruido del coche en que Leandro se alejaba; era el marqués de Neuville que estaba oculto en uno de los extremos de la pared que servia de cerca al jardin del artista.

Despues de la conversacion entre Leandro y su criada que la casualidad le habia hecho oir, el marqués de Neuville habia resuelto aprovecharse de este feliz concurso de circunstancias que parecia animarle á que se introdujera en casa de Blanca.

En sus exploraciones interiores al rededor del jardin habia descubierto una puertecilla falsa medio oculta entre las malezas que cubrian la pared, y habia visto que se abria sin esfuerzo alguno.

Además, habiendo logrado saber á donde iba Francisca, y enterado que esta debia reemplazar á Leandro cerca de Blanca, la habia escrito y enviado la esquela siguiente:

«Francisca podrá permanecer una hora mas con su enferma. Leandro y Blanca tienen que salir, y ellos mismos la irán á buscar á eso de las diez.»

Al enviar esta esquela el marqués estaba seguro de que Francisca la recibiria sin desconfianza, pues no dudaba que ella debia abrigar la conviccion de que nadie habia oido su coloquio con Leandro, y que por consiguiente solo éste podia escribirla aquellas líneas.

En una palabra, habia tomado todas las precauciones, y el marqués de Neuville estaba seguro de poder pasar cuando menos una hora al lado de Blanca.

De este modo pues, así que el ruido del coche se apagó á lo léjos, exclamó con un acento de impaciente satisfaccion:

—Al fin me encuentro solo!

Y al punto se encaminó con precaucion hácia la puertecilla falsa, penetró por ella en el jardin, y luego en la casa; se dirigió hácia la escalera que conducia al aposento de la jóven, y llegó al belvedere que servia de vestíbulo á esta habitacion.

Blanca apareció de repente á los ojos del marqués á través de la puerta que se habia quedado entreabierta: la jóven no se habia movido de su puesto.

PUF VISTO DE LADO.

Ignorando cuál era la causa de aquella actitud inmóvil y silenciosa, el marqués de Neuville presumió que Blanca estaba esperando ó escuchando. Creyendo además haber producido una impresion favorable cuando la habia dicho las últimas palabras que la dirigió aquel dia, se preguntó si no estaba allí buscando un medio cualquiera para hacerle asomar á él á su ventana.

En aquel momento Blanca volvió vivamente la cabeza hácia la puerta; el ruido que el marqués acababa de hacer queriendo adelantarse para verla mejor, causó un extremecimiento á la pobre Blanca. Dió un paso adelante y sin pensar, tan turbada estaba, que Francisca no habria podido entrar antes de haber llamado para que la abrieran, preguntó con una voz temblorosa:

—¿Estais ahí, Francisca?

—No es Francisca quien está aquí... es vuestro adorador.

Y apareció el marqués.

Blanca lanzó un grito desgarrador, vaciló un instante sobre sus piés y cayó desmayada sobre una silla.

—Ah! ¡desmayo tenemos!.. bien, muy bien, exclamó el marqués en voz baja y alegre.

La antigua experiencia del hombre de intrigas y aventuras le vino á faltar aquí completamente al marqués de Neuville. Tan á menudo habia sido engañado por escenas de ese género, que tomó el desmayo de Blanca por un golpe teatral preparado anticipadamente.

Por esta razon se halló á punto un momento de renunciar á esta intriga que le pareció debia conducir á una aventura vulgar, en tanto que habia venido á buscar emociones nuevas, si es que podian existir para él.

Sin embargo, Blanca permanecia inmóvil en su silla, con los ojos cerrados, pálida, y su boca siempre tan bella, ligeramente contraida.

Habia tanto pudor en su actitud y en todo cuanto la rodeaba, que el marqués se quedó confuso. Examinó el aposento de la jóven; nada mas sencillo, pero tambien nada mas casto y apacible. De todo cuanto se veia en aquella habitacion se exhalaba como un perfume de virginidad que hechizaba los sentidos.

El marqués consideró á la jóven con atencion. La vida renacia en su helado cuerpo; su rostro tomaba el color rosado que le era natural; su boca daba paso á una respiracion débil y penosa en un principio, pero que se iba regularizando poco á poco. En breve su pecho se levantó con fuerza; la reaccion se operaba y Blanca comenzaba á entrar de nuevo en el uso de sus facultades.

— Leandro!... Leandro!.. exclamó por fin con agitacion.... Dios mio! ¿Dónde está Leandro?

Y sus manos se movian convulsivamente como si hubiesen querido rechazar alguna cosa. De repente fijó sus ojos en el marqués de Neuville.

—Otra vez ese hombre!.. exclamó levantándose de un salto; ¡infamia!

—No, no, respondió el marqués con tono penetrado; no soy tan miserable como puedo parecerlo. He respetado vuestro sueño letárgico que os entregaba á mí si hubiese querido cometer semejante infamia.

Habia acentuado estas últimas palabras con toda intencion, para hacerse á los ojos de Blanca un mérito del respeto involuntario que la habia tenido.

—Quien quiera que seais, caballero, retiraos si no quereis que la vergüenza y el miedo me hagan morir.

—Retirarme! respondió el marqués con exaltacion y como desesperado; ¡retirarme cuando os amo con delirio!..

A cada una de estas palabras Blanca sentia que sus fuerzas la abandonaban nuevamente. Para no caer tuvo que apoyarse en la cabecera de su cama.

—Antes, continuó el marqués animándose mas y mas, quizá habria podido hallar fuerzas para obedeceros; pero ahora es imposible. Desde hace dos meses alimesto en mi alma este amor nuevo para mí y que nunca habia sentido. Desde hace dos meses al pensar en las mujeres que he amado ó he creido amar, me sonrojo de vergüenza cuando las comparo con vos, Blanca, con vos tan hermosa y tan pura... Sí, Blanca, creed en este amor que me devora...

El marqués dió un paso adelante.

—No os acerqueis, no os acerqueis, gritó la jóven espantada y sin saber dónde refugiarse... Además van á venir, añadió, prometiéndose que esta especie de amenaza haria huir á aquel hombre... espero á una señora y espero tambien á Leandro que me defenderá.

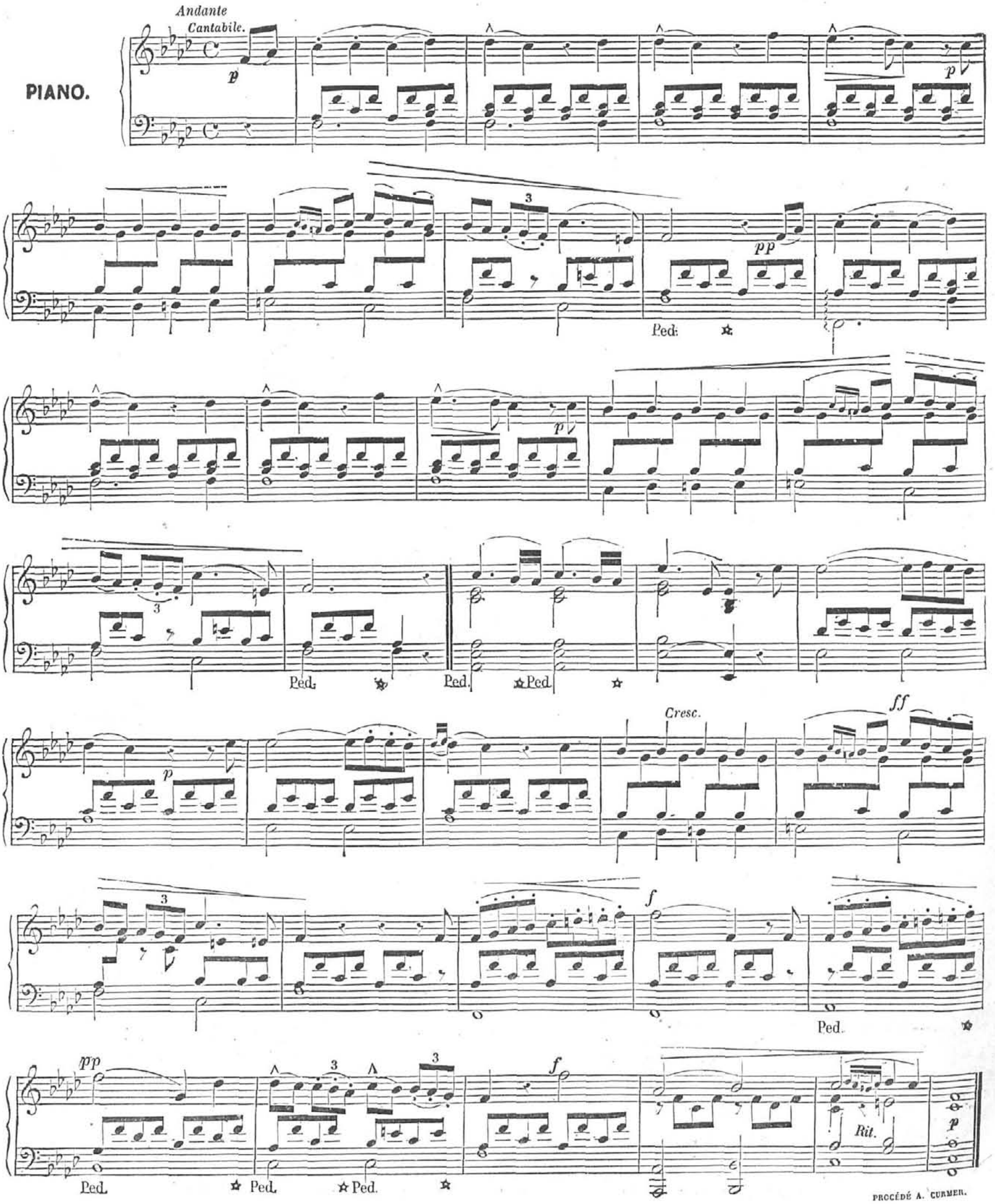
—Nadie vendrá, desengañaos. Leandro está muy entretenido ahora en los salones del duque de Neuville ó en casa del duque de Avranches. Leandro os ha olvidado en medio de sus sueños de artista y no vendrá. Francisca no vendrá tampoco. La he escrito en nombre de Leandro y la he prevenido que iriais á buscarla á casa de su enferma, de modo que allí os esperará.

© Biblioteca Nacional de España

ARIA DE PERGOLESE.

Se prohibe la reproduccion.

ARREGLADA AL PIANO POR M.me WILHELMINA SZARVADY.



PROCÉDÉ A. CURMER.

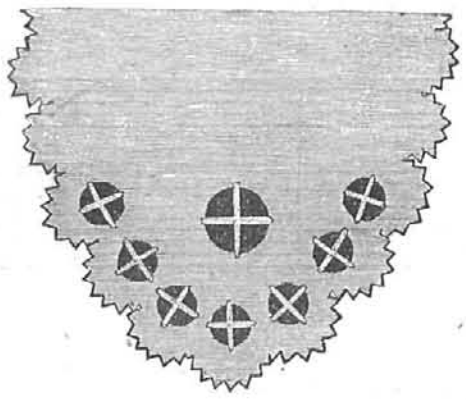
© Biblioteca Nacional de España

—Pero ¿quién sois? exclamó Blanca fuera de sí, no sabiendo si se hallaba en presencia de un hombre ó de algun genio maléfico.

—¿No os lo he dicho?... Soy un desgraciado ébrio de amor, ciego con el amor que me habeis inspirado, y fuera del cual no hallo mas que mentira y decepcion... Escuchadme, Blanca, añadió el marqués con dulzura y tratando de dar á su voz un acento persuasivo... Soy rico, muy rico... y en cambio del amor que os pido, que os pido de rodillas... os colmaré de bienes á vos y á Leandro... sí, toda mi fortuna es vuestra en cambio de vuestro amor.

—Mi corazon no me pertenece ya; pertenece á Leandro.

—Leandro es vuestro hermano.



HOJA DEL TAPETILLO.

—No por cierto.

—¿Qué decís?

—Es mi futuro esposo.

—Oh! quereis engañarme.

—Os digo la verdad. Leandro no es mi hermano desde esta mañana, en que me ha sacado de mi error. Por eso Francisca debe venir desde hoy á vivir con nosotros.

—En efecto, dijo el marqués apelando á sus recuerdos; ahora caigo... La conversacion de Leandro con aquella mujer, que yo no comprendia en ciertos instantes...

—Ya veis que no podeis permanecer por mas tiempo aquí, añadió Blanca con firmeza y pensando que aquella revelacion iba á producir un buen efecto en el marqués de Neuville.

LA CALÉNDULA.

No se engañaba. El marqués de Neuville bajo sus hábitos de libertino ocultaba un corazon bondadoso. Perder á aquella jóven en el momento en que estaba á punto de ser dichosa con el hombre á quien amaba, le pareció la última de todas las infamias que habia podido cometer.

La coyuntura era favorable para retroceder, y dominado por los impulsos de sus buenos sentimientos, exclamó:

—Blanca, perdonadme, debo pareceros un hombre muy vil... pero escuchadme... yo estimo y respeto á Leandro, y si hubiera sabido que no érais su hermana, jamás me habria atrevido á hablaros de mi amor... de mi amor que quiero olvidar para siempre...

De repente se oyeron pasos fuera.

—¡Por Dios! exclamó Blanca, retiraos.

—Sí, sí, me retiro, pero antes exijo una promesa.

—¿Cuál es?

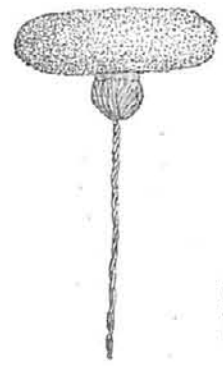
—Que nadie sabrá jamás una palabra de lo que ha pasado aquí esta noche...

—Os lo prometo.

Ahora, Blanca, adios y sed dichosa; yo olvidaré mi amor, pero nunca olvidaré la gratitud que os debo.

Y el marqués de Neuville volvió á tomar el camino que habia traido, en tanto que llamaba á la puerta Francisca, que afortunadamente no habia recibido la carta del marqués, porque la persona que fué á entregársela no la encontró ya en casa de su enferma.

HOJA DE LA CALÉNDULA.



CORAZON DE LA CALÉNDULA.

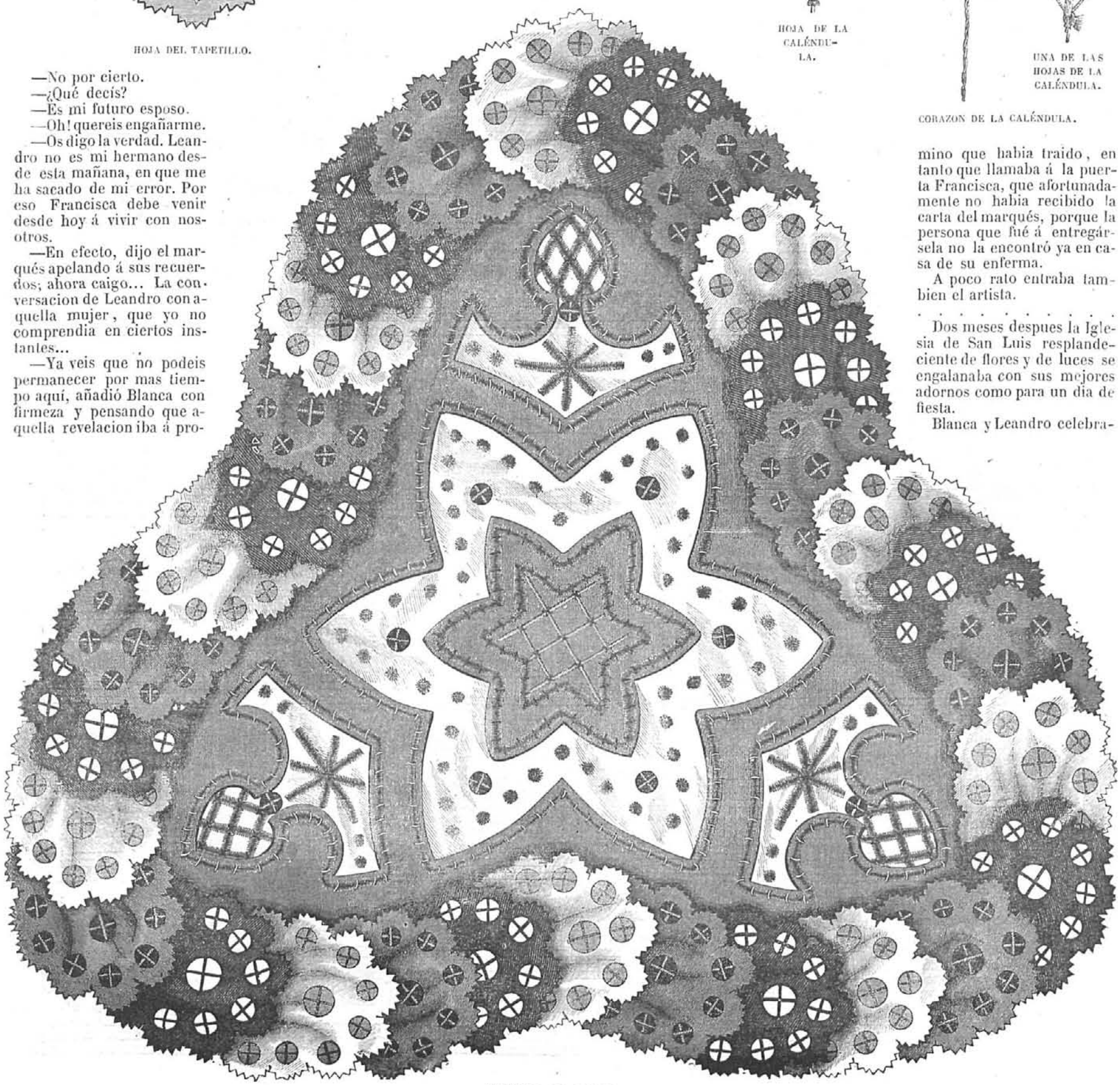
UNA DE LAS HOJAS DE LA CALÉNDULA.

A poco rato entraba tambien el artista.

. . . . . .

Dos meses despues la Iglesia de San Luis resplandeciente de flores y de luces se engalanaba con sus mejores adornos como para un dia de fiesta.

Blanca y Leandro celebra-



TAPETILLO DE LAMPARA.

© Biblioteca Nacional de España

GABANES, MANTELÊTAS, ETC.

© Biblioteca Nacional de España

ban aquel dia su casamiento, siendo padrino el marqués de Neuville, que con su proteccion habia asegurado al artista una fortuna.

FIN.

VIAJE DE SIR EDMUNDO BROOMLEY

EN BUSCA

DE UNA TAZA DE TÉ.

(Conclusion.)

Canton.

No pasaremos mas de veinte y cuatro horas en Canton. Apenas desembarcado, me hice llevar á la casa que habitaba el viejo Chung-tso, el amigo de M. Tomás Harrisson, cuando yo le habia visto por la primera vez. No vivia allí ya, y un vecino que hablaba un poco el inglés me dijo que se habia retirado á una casita de campo que poseia á seis millas de la ciudad. Al instante mandé á mis hombres que se dirijieran á esa casa. Chung-tso estaba entonces en su huerto arreglando unos tulipanes, y así que me distinguió, corrió á mi y me estrechó en sus brazos cordialmente.

—Bien venido seais, me dijo, y alabado sea el cielo que os ha permitido llegar aquí. Eso está bien, no haber olvidado á un viejo fastidioso que chochea.

—¿Con que estais en el campo en enero? le pregunté.

—Tengo que hacerlo así, me respondió, porque los señores piratas me han prohibido que pase el invierno en la ciudad.

—¡Cómo! ¿Vos tambien habeis tenido que hacer con piratas?

—Seguramente. Una semana despues de vuestra marcha vine á pasar aquí la temporada de verano, y esos señores me limpiaron todo cuanto tenia.

—¡Ah! ¿con que los piratas se rebajan hasta el punto de convertirse en simples ladrones de tierra firme?

—Cuando se presenta una buena ocasion prescinden de todo su amor propio. Yo soy filósofo: y me habria consolado fácilmente de mi desgracia si los bandidos no me hubiesen robado con todo lo restante el objeto que yo mas queria en este mundo, mi amada reliquia, la taza de té de mi pobrecita Lei-li.

Al oir estas palabras un ligero extremecimiento corrió por todo mi cuerpo.

—¿Y no han podido prender á esos ladrones? pregunté al chino mientras sentia fuertes latidos en mi corazon.

—No, desgraciadamente, me respondió. Antes de amanecer un pescador vió á unos hombres de mala traza y de aire sospechoso que entraban en una barca amarrada á la orilla sobre la cual daba el jardin de mi casa, echando en ella unos fardos que parecian de peso; despues soltaron el cable y se alejaron remando á toda prisa. Quiso mi mala suerte que aquel hombre estuviese solo y fuese muy cobarde, de modo que ni siquiera se atrevió á llamar á los vecinos, contentándose con declarar lo que habia visto cuando notaron que me habian robado.

—¿Y reconoceriais la taza de Lei-li? le pregunté con la mayor ansiedad.

—Entre mil la reconoceria, amigo mio; ¿no la he estado mirando todos los dias durante veinte años con los ojos con que mira un avaro su tesoro? No hay una de las menudas florecillas pintadas sobre el fondo de ópalo, que no tenga yo bien presente con su forma y sus colores, ni un adorno cuyo dibujo no pueda yo reproducir con toda exactitud, ni un granito casi imperceptible en la porcelana que no se halle bien grabado en mi memoria. Para daros una seña infalible, os diré que encima de la cabeza de la mujer que se está abanicando, hay una raja como un pelo de fina...

—¡Una raja sobre la cabeza de la mujer que se está abanicando! repetí yo maquinalmente.

—Sí; y esa raja, que sin duda nadie habria observado jamás, yo la veo cuantas veces pienso en mi pobre tacita.

Al oir esto, saqué mi reló, y dije que tenia una cita á la que no podia faltar, para despedirme cuanto antes de Chung-tso.

—Dentro de dos horas estaré de vuelta, exclamé dirijiéndome al anciano.—Volví á subir en mi silla de manos, y mandé á los mozos que á toda prisa me llevaran al puerto. En el camino me iba repitiendo sin cesar estas palabras:

—¡Una raja encima de la cabeza de la mujer que se está abanicando!...

Llegado al muelle, corrí al *Pelicano*, bajé á mi camarote y abrí con precipitacion el cofrecillo donde estaba encerrada la preciosa tacita que por circunstancias tan extraordinarias habia caido en mis manos, y en la cual se cifraban todas mis esperanzas de felicidad. Al tomarla temblaba tanto que temí dejarla caer; apenas respiraba: un velo oscurecia mi vista, y durante algunos minutos por mas que examinaba con fijeza la dama del abanico, no la distinguia sino confusamente.

Por fin la nube desapareció poco á poco, y una raja muy fina de dos ó tres líneas de largo cuando mas, que cortaba el esmalte justo sobre le frente de la jóven china, apareció á mis ojos con toda claridad. Convulsivamente volví á meter la taza en el cofrecillo, y estrechando este entre mis dedos crispados, salí del buque; me parecia que mi cabeza estaba vacía, y que andaba por ese mundo fantástico que solo se vé en sueños.

Mi silla me esperaba en el muelle; entré en ella y le dije á los mozos que me llevaran otra vez á casa de Chung-tso. Imposible me seria decir en qué pensé durante el camino. Cuando me hallé delante de la casa del anciano y á punto de llamar á su puerta, sentí en mi corazon un dolor agudo y eché á llorar como una criatura. El acceso duró cinco minutos.

—Es preciso ser hombre, me dije, y dí dos golpes en la puerta con mano firme.

El mismo Chung-tso me abrió.

—Veo que teneis palabra, exclamó; lo celebro; pasarémos contentos algunas horas.

Yo traté de sonreirme, y luego alargando el cofrecillo al anciano, le dije:

—Abridle y mirar lo que hay dentro.

Hízolo así, y arrojando un grito de sorpresa, se puso á besar la taza como un loco.

—Quién habria pensado jamás que pareciera! repuso con delirio.

—¿Con que es en efecto la taza de vuestra niña?

—Seguramente: ¿no veis la raja? Mirad, aquí esta línea tan fina, tan fina...

—La veo, le respondí.

Y la veia en verdad, mucho mejor de lo que habria querido.

—Ahora, explicadme, me dijo Chung-tso, de qué modo esta querida taza ha venido á caer en vuestras manos.

Entonces le conté detalladamente cómo habia sido cojido por los piratas, lo que habia pasado á bordo de la embarcacion y todo lo siguiente. Cuando hablaba así, habia recobrado ya mi presencia de ánimo, pero sin embargo charlaba como un hombre devorado por la fiebre.

Chung-tso me escuchaba extasiado. Cuando concluí pegó una palmada y exclamó:

—Alabado sea Dios mil y mil veces, y vos, jóven amigo mio, bendito seais por haberme dado tamaña alegría, y ojalá que en recompensa os veais colmado de todas las prosperidades celestes.

Y me dió un fuerte abrazo; el buen hombre no podia recelar lo que me costaba á mí su alegría.

Saigon.

A la otra mañana salí de Canton. Chung-tso vino á despedirme en el momento que me embarcaba, y nunca olvidaré las tiernas señales de afecto que me dió entonces.

—Al menos pensé yo, dejo aquí á un hombre dichoso.

De Canton á Saigon hicimos la mas feliz y la mas monótona de todas las travesías. Hace dos dias que estamos en Saigon. Casas bastante cómodas en medio de una selva de ficus, teks, palmeras y plátanos; un gran fuerte cuadrado, con bastiones de piedra de silleria y de un aspecto muy respetable. Tal es el cuadro que forman Saigon y su ciudadela. El pais es admirable, pero está habitado por la fiebre y los mosquitos, dos plagas á cual mas terribles.

No me siento bien; tengo la cabeza pesada, la piel ardiendo, y de cuando en cuando un temblor glacial recorre todo mi cuerpo y hace crugir mis dientes.

A bordo de la *Fantasía*.

Hace tres dias me desperté en un camarote de buque, y me pareció que salia de un sueño que habia durado un siglo. Estaba solo. Un instante despues la puerta del camarote se abrió, y un hombre se acercó á mi lecho.

—¿Me reconoceis, sir Broomley? me dijo.

—Seguramente, sois el capitan Lecoq de la goleta la *Fantasía*.

—¡Bravo! ¡estais salvado! exclamó el capitan con un acento de alegria que no olvidaré jamás.

—¿Salvado? ¿Pues qué ha sucedido?

—Una friolera; que habeis cojido en Saigon una maldita calentura acompañada de delirio, y que los médicos han declarado que estábais perdido si no os sacaban de allí cuanto antes. Una mision confiada al capitan del *Pelicano* le impedia volver á salir inmediatamente. Yo habia terminado mis negocillos en Saigon y me hallaba á punto de darme á la vela para Europa; me preguntaron si queria encargarme de un enfermo; vacilé, pero pronunciaron vuestro nombre, y al punto cesó mi indecision. Seis horas despues salíamos del puerto, y esto hace ya tres semanas que ha pasado. Durante diez y nueve dias vuestra única tarea ha consistido en echar abajo las mantas de vuestra cama, morder las sábanas y decir un enjambre de tonterías. Anteayer noche os dormisteis sosegado, y hé aquí que acabais de despertar fuera de todo peligro. Nada mas sabreis por ahora; tomad esa naranjada, dormios otra vez, y mas tarde os diré otras cosas.

El buen capitan Lecoq no me ha hecho quizá un gran servicio salvándome la vida; pero en fin su intencion era buena.

París.

Hemos desembarcado en Marsella al cabo de cuatro dias de travesía. Al separarme del capitan Lecoq le he dicho que nos veriamos, pues dentro de dos meses debe salir para el Brasil, y ya que no puedo casarme con miss Aurora, es muy probable que haga el viage con él.

Lóndres.

Ayer noche mi ayuda de cámara Roberto, me entregó mis cartas á mi llegada. La primera que abrí estaba concebida en etos términos:

«Mi querido Edmundo: estoy fuera de mí de alegría; acabamos de llegar á Singapore donde pasaremos un mes. He vuelto á ver á M. Harrisson y le he visto cada dia á él y á mi querida Mary. Esta mañana me anunció que liquidaba su casa y el año próximo regresaria á Inglaterra.

»—Quiero morir donde he nacido, añadió: ¿no es verdad que vendreis á vernos? Estoy seguro de que pondreis loca de contenta á miss Mary.

»Y como la jóven se pusiera muy encarnada al oir estas palabras, M. Harrisson continuó diciendo:

»—Sí, sí, ponte encarnada, que no te faltan motivos para ello.

»Finalmente, estrechándome la mano añadió con fuerza.

»—¡Oh! ¡qué pícaro jóven, que hace sonrojar á las niñas!

»Yo no tuve fuerzas para pronunciar una sola palabra, pero M. Harrisson vió que mis ojos estaban inundados de lágrimas, y este modo de darle gracias le pareció suficiente. ¡Oh! soy dichoso, muy dichoso, amigo mio. ¡Cuánto me regocija la idea de veros en Lóndres y de conocer á miss Aurora, ó mejor dicho á vuestra esposa.

»Vuestro amigo—BERNARD.»

¡Ay! efectivamente, habria podido ser mi esposa, pero no lo será.

. . . . . .

Esta mañana he distinguido sobre mi escritorio una caja que no habia visto ayer, y encima de ella un billete cerrado que contenia estas líneas:

«Algunos dias despues de vuestra marcha he sido atacado de una enfermedad que no perdona. En tanto que aun tengo fuerzas para trazar algunos renglones, quiero deciros, amigo mio, que pensaré en vos hasta el último instante de mi vida. Cuando os envien esta carta ya no existiré. Con ella recibireis un objeto que siempre me ha sido muy caro, y que deseo estimeis en recuerdo de vuestro amigo—CHUNG-TSO.»

Abrí la caja: contenia la taza de té de Lei-li.

. . . . . .

En la noche de aquel dia, lo mismo que diez y seis meses antes, M. Simpson dormia sobre el *Times* y mistress Simpson sobre sus agujas de hacer media. La puerta se abrió, y la voz sonora de un criado anunció:

—Sir Edmundo Broomley.

Monsieur y mistress Simpson se extremecieron y exclamaron á un tiempo:

—¡Sir Edmundo Broomley!

Sir Edmundo se adelantó con la taza de té en la mano.

—Ninguna noticia vuestra si no es una vez por mi amigo Harrisson, á quien habia anunciado que pasariais quizá por Singapore, y cuyo convite á comer os causó tanta sorpresa; habeis sido cruel, sir Edmundo.

En este momento miss Aurora aparece en el salon con una bandeja cargada de tazas de china. Al ver á sir Edmundo se pone pálida, suelta la bandeja, y las tazas se hacen añicos en el suelo. Habia cinco; era el elegante servicio que sir Edmundo habia descabalado.

—¿Quereis que vuelva á la China á buscar cinco tazas iguales á esta? preguntó sir Edmundo presentando á miss Aurora la taza de Lei-li.

—¡Oh! no, si es que me amais: respondió la jóven con una voz tan alarmada, tan suplicante y tan tierna, que á la verdad cualquiera hubiera ido al último extremo del mundo por oir una frase dicha de aquel modo.

H. E.

FIN.

UN AÑO DE MATRIMONIO.

POR

EMILIA CARLEN.

I.

—Hace diez minutos que ha dado la una: ¿quién puede explicar una tardanza semejante en un momento como este?

—Yo, ángel mio, dijo acercándose á su jóven esposa Rodolfo Brunsberg.

Y se apoyó en la ventana, por la cual ella miraba con impaciencia.

—¿De veras? Veamos pues esa explicacion.

—El coronel antes de quedar viudo, ha vivido un año con su mujer, es decir, once meses mas de lo necesario para convencerse de que las señoras nunca están listas á la hora que han fijado. Por eso tiene derecho á que se le conceda el cuarto de hora de cortesía.

—¿Y te atreves á sostener tal cosa delante de mí que le estoy esperando hace veinte minutos? ¡Ah! Puedes estar seguro de que no se me olvidará tu opinion sobre las mujeres la primera vez que tengamos que salir juntos.

Y la jóven acompañó esta prediccion de un gestecillo, que no por su acento amenazador dejaba de ser gracioso, y en el cual un observador desinteresado habria notado una coquetería infantil.

—Bella hechicera, al cabo de ocho meses de matrimonio me tienes tan encantado como el primer dia.

Y el esposo radiante de júbilo quiso tomar en sus brazos á la hechicera.

—No, ¡oh! no; exclamó Julia huyendo de las manos

© Biblioteca Nacional de España

de Rodolfo, me arrugarias todo el vestido. Pero ¡qué idea, qué idea tan ridícula de ir á celebrar las bodas en el campo!

—Donde los vestidos no corren peligro de ser arrugados ¿no es verdad? dijo Rodolfo con ironía.

—Seguramente, respondió Julia. ¿Y porqué no hemos de pensar así? ¿qué vestidos pueden hacer honor á una señora despues de haber viajado media hora no mas? Los que se burlan de nosotras tratando estas cosas de frivolidades son sin embargo los primeros en notar la falta: sí, señor, cada cual tiene sus *preocupaciones*.

—Pero dime, ángel mio, ¿no debe parecer muy natural que el coronel viudo hace dos años, y Lavinia cuyo prometido ha muerto hace apenas diez meses, quieran celebrar silenciosamente su union? Entrámbos están poseidos de recuerdos que sin duda les acompañarán hasta el altar.

—Sí, pues buen caso hacen de sus recuerdos, amigo mio. El uno pierde á su mujer, que todo el mundo lo sabe, no estaba llena de atractivos, y de la cual, segun decian, no estaba muy enamorado; hasta suponen que el coronel desempeñaba perfectamente el papel de tirano doméstico, lo que no impide que su mujer le haya dejado despues de su muerte una fortuna bastante regular y dos niñas gemelas; en fin, la entierran, y él queda sumerjido en un luto tan profundo, tan largo como... por ejemplo, si yo... si tú me perdieras. Mi cuñada por el contrario, dá su palabra al hombre mas distinguido y mas elegante que he conocido en mi vida, sí, Rodolfo, en mi vida; ¡oh! era mucho mejor que tú é infinitamente superior al coronel; ella le amaba con una de esas pasiones que duran una eternidad en las novelas; pero ¿qué sucede? Apenas el objeto de tanto amor yace en la tierra, la enamorada cesa de llorarle y se muestra en todas partes, en bailes y en teatros!... A la verdad, yo me quedé atónita cuando yendo á darla el pésame veinte y cuatro horas despues del fallecimiento, la encontré tan fria, tan serena, tan indiferente como si jamás hubiera existido en el mundo un hombre llamado Luis Heimback, como si la historia de sus amores con él hubiese sido un sueño.

—Y sin embargo, hija mia, la conducta de Hermann es muy natural; nadie sabe lo que posee sino despues de haberlo perdido. En cuanto á Lavinia, yo no la comprendo. Con un carácter tan formal como el suyo, no se ama tan profundamente para olvidar tan pronto.

—Esa es su manera de amar, di lo que quieras. Desde el dia del entierro todos unánimemente en la poblacion, han echado de ver la ausencia de una sombra de sentimiento en su semblante.

—¡Oh! En cuanto á eso, lo creo, sin dificultad; sé que habrán estudiado su fisonomía con mucha detencion, pues vivimos en un pais donde á todos les gusta ocuparse de lo que no les interesa.

—Confiésame que el asombro era permitido cuando seis meses despues de las exequias de Luis, la vieron celebrar sus desposorios con el coronel, que me parece estar loco de amor por ella, como tambien lo han observado todos.

—Por *mi parte, creo que justamente esa reserva del* coronel ha hecho decidir á Lavinia, pues en los dos meses que dura el noviajo, nunca he visto que mi hermana le incite á mas abandono ni ternura.

—¡Bonito noviajo! exclamó la jóven con presteza. Hace tiempo que bostezando estoy al corrienie de las confidencias de los novios. Mira qué lindas son: cuando llega nuestro galan que se aparece siempre con una puntualidad militar, principia de este modo: «Buenos dias, querida Lavinia...» A lo cual responde Lavinia muy séria: «Buenos dias, querido Hermann...» Segunda fraseeita del enamorado: «¿Habeis dormido bien esta noche?» Segunda *respuesta: «Muy bien.» Otra pregunta: «¿Quereis* salir esta tarde?...» Otra contestacion: «No, muchas gracias,» ó: «Sí, muchas gracias.» Es una verdadera comedia, pero así sucede. ¡Oh! amigo mio, estoy impaciente por ver casados al coronel y á Lavinia. Aun no he tenido el honor de visitar á tu hermana desde que ha comenzado á engalanarse... pero ¿qué veo? ¿se ha vuelto loco el coronel? ¡cuatro caballos negros en su coche!... ¡Oh! ¡Es un coche de entierro!..

—Julia, Julia estás perdiendo el juicio; son los caballos mas hermosos que se pueden ver en veinte leguas á la redonda y los ha hecho traer de Rosenborg, donde debe llevar á *Lavinia despues del casamiento.*

—Para que se muera allí de fastidio como su antecesora.

—¡Oh! Julia, ¿cómo puedes hablar así? Tengo que bajar á prevenir á mi hermana... el coche se detiene.

—Rodolfo, espera... espera un instante, toma mi chal, mi capa y mi sombrero, lleva todo eso al vestículo á fin de que ese modelo de los enamorados vea cómo debe conducirse un buen marido.

Rodolfo tomó á toda prisa el chal y la capa y bajó para recibir á su cuñado en tanto que apoyada en la barandilla de la escalera, su caprichosa Julia le llamaba *gritando:*

—Rodolfo, olvidas el sombrero, amigo mio, aquí le tienes.

Y con la rapidez de la flecha se volvió á la ventana para ver como se apeaba el coronel del magnífico carruaje que acababa de pararse á la puerta.

—De veras está guapo hoy, se decia al verle poner el pié en el estribo; viene de toda gala, ya se vé, la ocasion no es para menos. Pero ¡qué bien le sienta el uniforme! En honor de la ceremonia tambien ha adornado sus labios con una sonrisa; debe ser de rigor tambien, pues el coronel es demasiado militar para no hacer nada fuera de la regla. ¡Qué saludo! ¡Ay! señor mio, ¡qué lástima que llegueis demasiado tarde para presentar vuestros respetos á una cuñada tan descuidada hasta hoy. El coche, á la verdad es soberbio, ¡Ay, Dios mio! ¡Porqué Rodolfo no es bastante rico para arrastrar carruaje!

Julia hizo una pausa, suspiró y luego prosiguió diciendo:

—¿Y dónde está Rodolfo? Pues lo que es yo, no bajaré hasta que él venga á buscarme.

—¡Julia! ¡Julia! gritó su marido.

No hubo respuesta; Julia estaba sorda.

—Baja ángel mio, Lavinia ya está lista.

Imposible; al ángel se le habia metido en la cabeza demostrar con hechos al coronel que las mujeres no marchan como los soldados á la voz del mando.

Rodolfo subió corriendo, y tomando en sus brazos á su rebelde esposa, la bajó al salon.

Aquí les esperaba el coronel Hermann de Rosenborg, objeto de las burlas de Julia. Apenas tenia treinta años; pero por la rígida severidad de su aspecto se habria dicho que nunca habia sido jóven, ó al menos que una gran desgracia ó una naturaleza particular habian borrado en él toda señal de juventud antes de tiempo.

Sin embargo, si sus facciones varoniles y regulares no revelaban en aquel momento toda la expansion de un hombre verdaderamente enamorado, manifestaban al menos una satisfaccion apacible, y sus ojos fijos en una puerta cerrada aun podian responder á una mirada de ternura con otra de una expresion análoga.

—Ya veis, Hermann, cómo se trata á las criaturas revoltosas, dijo Rodolfo dejando sobre un asiento su agradable carga.

—¡Mi sombrero! ¡Mi sombrero! repetia Julia.

Y meneaba su linda cabeza.

—¿No podias haberle bajado contigo, caprichosa? exclamó el marido que no obstante corrió á buscarle.

—¿No veis qué atento y qué amable es mi marido? exclamó Julia echando al coronel una mirada de triunfo.

—En efecto, respondió Hermann con una indiferencia que probaba que no habia comprendido ni la leccion, ni el epígrama.

—Este hombre de seguro me mataria si yo tuviera la desgracia de ser su esposa, pensó Julia, y se levantó para ir á llamar á la puerta de Lavinia; pero antes de que hubiese llegado á ella, una mano la tiró hácia adentro, y al abrirse dejó ver en pié sobre el umbral una verdadera estátua de alabastro destacándose en un fondo negro.

—¡Cielos! ¡qué pálida estais! exclamó Julia alarmada.

Lavinia la dirijió una mirada risueña y se acercó á su futuro. Al verla aparecer, los ojos del coronel habian brillado, pero una expresion de dolorosa sorpresa vino á velar inmediatamente el brillo de aquella mirada.

El profundo saludo que hizo Lavinia era para una novia una recepcion bastante fria, y si la salutacion del coronel no fué menos profunda y ceremoniosa, habia sin embargo cierto ardor y cierta dulzura en su acento, cuando tomando la mano de Lavinia y llevándosela á los labios la dijo:

—Parece como que estás indispuesta, Lavinia; ¿quereis que suspendamos el viaje hasta mañana?

—No por cierto, no tengo nada... únicamente estoy (y su voz tembló al decir esto) estoy turbada, y no lo extrañeis, Hermann.

El coronel respondió á estas palabras con una inclinacion mas profunda que la primera, y cuyo sentido era dudoso; sin embargo, añadió:

—¿Preferiríais mejor que esperásemos un poco?

—¡Oh! No; estoy dispuesta.

Y entrando en un cuarto tomó una capa y volvió á salir inmediatamente.

Julia se habia quedado silenciosa é inmóvil; ahora estaba bien persuadida de que el coronel no pensaba en seguir el buen ejemplo de que Rodolfo le daba.

—Serán unas bodas de las mas interesantes, murmuró Julia al oido de su marido mientras tomaban asiento en el coche.

Rodolfo no respondió; pensaba en el porvenir de su querida hermana. y suspiraba al contemplar aquel pálido rostro, y cuando otra mirada que echó á Julia le mostró su risueña y seductora esposa, se puso á comparar los destinos probables de aquellas dos mujeres á quienes amaba con tanta ternura, un matrimonio tan feliz con aquella union tan sombría.

Sin embargo, Rodolfo hubo de observar con un placer que conmovió su corazon de hermano, el cuidado con que el coronel trataba de extender una parte de su capa para impedir que el cierzo del otoño penetrara por las rendijas de los cristales del coche y enfriara á Lavinia.

Lavinia le dió gracias por esta atencion, pero él no manifestó con ninguna mirada que hubiese aceptado para él el agradecimiento de la jóven; y sin embargo, preciso es decir que en su perjuicio se habia privado de una parte de su capa.

Los ojos de Julia y de Rodolfo se encontraron: en tanto que estos se sonreian de placer, en aquellos no se leian mas que estas maliciosas palabras:

—¡Bueno! ¡Bueno! no todos los dias estamos de bodas. veamos cual será el fin.

II.

A una legua de la ciudad de donde habia salido el carruaje del coronel se encontraba una bonita posada, á la que iba la gente en el invierno para descansar de las expediciones en trineo, y en el verano para armar bailes campestres, pero que rara vez visitaba nadie en el otoño. Aquel dia sin embargo, los posaderos debian tener el honor de presenciar la celebracion de un casamiento entre personas de alto rango, si puede llamar casamiento la siniestra ceremonia, que se disponia, y á la cual debian asistir algunos amigos, cuya apariencia era tan lúgubre como lo exigia la de los novios.

Cuando llegó el coche del coronel, el banquete nupcial, el eclesiástico y los padrinos estaban esperando y los felices convidados á tan fúnebre boda calculaba ya las cosas divertidas que tendrian que contar el dia siguiente para distraccion de los ociosos.

Abrevian el tiempo de espera las señoras con las observaciones que cambiaban entre sí y las profecias pronunciadas en voz baja.

—¡Ay! ¡cuánto la compadezco!

—¡Oh! El año que viene por ahora estará muerta; ya tiene el aire de un cadáver: ¿la habeis visto apearse del coche?

—Yo lo que quisiera saber, mi buena amiga, es quién ha podido decidirla á tomar un partido semejante; todo el mundo conoce el carácter de el coronel, se me figura que para nadie es un secreto.

—Sin embargo, aseguran tambien que es un hombre honrado á casta cabal.

—¿Y qué importa eso si tiene un carácter obstinado, egoista, taciturno; si es un salvaje que prefiere mil veces la compañia de sus perros á la de su mujer, un tirano que quiere ser obedecido, aun antes de haber dicho claramente cuál es su voluntad?

—¡Oh! En cuanto á eso, todos los hombres son iguales.

—Debeis convenir conmigo en que este casamiento es muy singular, sobre todo cuando se hace tan poco tiempo despues de la muerte de un novio profundamente amado. Su frialdad hácia el difunto y su conducta desde que murió aquel jóven, son enigmas que no podrán resolverse nunca.

—¿No has oido hablar de una confidencia hecha á Lavinia por Luis algun tiempo antes del fallecimiento de este?

—¡Silencio! ¡Aquí están!

Con efecto, la puerta acababa de abrirse. Lavinia entró del brazo de su hermano, y se adelantó con resolucion hasta el banquillo adonde llegó en seguida el coronel. Entonces no estaba tan pálida como en el momento de ponerse en camino; el viaje y el postrer esfuerzo de una voluntad firme habian devuelto á sus megillas un ligero color que realzaba mucho su belleza, siempre deslumbradora.

El coronel, hombre alto y robusto, formaba un hermoso contraste con la jóven; los negros rizos de su cabellera aumentaban la sombra que cubria su frente de bronce; pero la mirada que tenia entonces clavada en Lavinia era de una limpidez singular; en su expresion habia tal confianza, que bajo el influjo de aquella mirada intensa, los colores asomaban mas y mas á las pálidas megillas de la novia, y el temblor que habia agitado sus miembros cesaba completamente. Tambien Lavinia le dirijió la profunda mirada de sus ojos azules, pero al punto apartó la vista como si le hubiese sido imposible reflejar en ella la expresion de confianza que se advertia en el coronel.

Y sin embargo, su voz, aunque muy débil, no tembló ni desfalleció cuando pronunció el voto sagrado del matrimonio.

La ceremonia estaba concluida, los convidados habian felicitado á los novios, y habia principiado el banquete. Se echaron brindis, se pronunciaron rápidos discursos, pero ni el vino, ni aquellas palabras vagas pudieron dar á nadie un átomo de alegria; cada cual deseaba que llegara la noche, para despedirse y poder exclamar:

—¡Dios mio! ¡qué bodas y qué novios!

Empero no se podia decir que hubiese habido ninguna infraccion al ceremonial de costumbre: el coronel se mostraba obsequioso y atento con su mujer, ella por su parte le correspondia afectuosa, y á veces hasta le dirijia una sonrisa; pero estas sonrisas y estas palabras eran frias como el vino y los brindis.

—¡Que diferencia entre esta boda y la tuya, querida Julia! murmuró una señora aprovechando el instante en que pasaban al salon para exhalar su enojo.

—Ya lo creo, respondió la jóven con su desenvoltura ordinaria, nosotros principiamos mejor las cosas, y así es que tuvimos por primer padrino al amor. Gracias á Dios que se marchan mañana: esto dispensará á sus amigos de djrijirles mentirosas enhorabuenas.

—A la verdad, creo que lo mejor que podemos hacer es pedir á Dios por ellos.

—Por ahi comenzaré yo cuando me meta en el coche, pues seguramente cinco minutos despues estaré dormida.

El café, la conversacion, el té, la lumbre en la chimenea, todo parecia dormido como Julia. Por fin la luna brilló en el cielo, y á esta anhelada señal se dispersaron todos.

Cuando los recien casados, Rodolfo y su mujer, entraron en el coche, Rodolfo tomó en frente de su hermana el puesto que habia tenido el coronel antes de la ceremonia. Hermann apenas pareció notarlo ; se sentó en frente de Julia, que muy luego se durmió profundamente en tanto que Lavinia, ora inclinada sobre el brazo de su hermano, ora con la cabeza recostada sobre su hombro, estrechaba con ardor y constantemente la mano de Rodolfo.

—¡Oh! hermana mia, murmuró el jóven en voz tan baja que sus palabras no podian llegar sino al oido de aquella á quien iban dirijidas; tengo muy oprimido el corazon; veo que desde hace seis meses te has violentado en secreto, y ahora sufres ya demasiado para ocultarlo.

—No, exclamó Lavinia con fuerza, no me he *violen-*

© Biblioteca Nacional de España

tado; nada he tenido que sentir, nada siento, y menos al que tú presumes que turba mi corazon con su memoria, mi querido Rodolfo.

—Pues yo insisto en creer que padeces á pesar de tu empeño en negarlo, repuso Rodolfo en alta voz; Hermann, añadió tendiéndole la mano de su esposa, ¿no es verdad que tiene el calor de la fiebre?

—Yo asi lo creo, respondió Hermann con la mayor indiferencia; envolveos en vuestra capa, Lavinia.

Y dejó caer la mano de la jóven sin haberla estrechado siquiera, é inclinándose fuera del carruaje mandó al cochero que fuera mas de prisa.

(*Se continuará.*)

Al escribir la palabra *revuelta*, lo primero que se nos ha venido á la imaginacion es un acontecimiento de que en estos dias se han ocupado los periódicos, y que se refiere á cierto desórden un tanto mayúsculo ocurrido en la plaza de toros de Sevilla. Aunque el hecho haya sido puramente local, las reflexiones que nos ha surgido son tan generales cuanto que abrazan á la clase entera de estos espectáculos.

No es de Sevilla, no es de Cádiz, no es de Madrid, no es de ninguna poblacion de España en particular, no es de una plaza determinada la culpa; lo es de todas las plazas; eso está en la esencia misma del espectáculo, y cuando tales cosas no acontecen se debe solo á que faltó una leve chispa que encendiese la preparada yesca: aquel huevo siempre lleva su galladura; si no sale el pollo es porque le faltan accidentalmente algunos grados de calor.

Fué pues el caso que se ejecutaba en la referida plaza una corrida de novillos, y que antes de concluirse, una gran parte de los concurrentes se arrojaron al redondel, ansiosos de trocar su papel de meros espectadores por el de primeros galanes de aquel cornudo drama. Hay gustos que merecen palos, pero este es un gusto que merecia cornadas, lo cual es peor.

La autoridad, sin embargo, cumpliendo con su deber, quiso proteger el pellejo de los enardecidos taurómacos, y mandó despejar la plaza. Pero como este es uno de los muchos casos en que no suelen bastar las buenas razones, parece que un municipal, menos sufrido ó mas hostigado, hubo de cometer la imprudencia de aplicar unos cuantos palos á uno de los recalcitrantes, lo cual, si no habria pasado de pecado venial en cualquier otro sitio, era todo un crimen nefando en una plaza de toros, donde las personas de los concurrentes son sagradas é inviolables, hasta cuando faltan á las prescripciones de las ordenanzas y á los mandatos de la autoridad fundados en ellas.

Quísose satisfacer al agraviado y comparsa haciendo retirar é imponiendo un castigo al municipal *longímano*; pero como no se le ahorcó ni se le descuartizó en el acto, como por lo visto parecia deber reclamar el horrible desacato cometido contra la magestad augusta de los capeadores de novillos, estos no se dieron por satisfechos, y con gritos é insultos siguieron á los municipales hasta la casa de ayuntamiento, contra cuyas puertas lanzaron piedras como melones, mutilando con ellas los bellos y caprichosos resaltos de aquella admirable fachada, que es una de las joyas artísticas de la artística Sevilla. ¿Pero quién le va con esas á gentes toreadoras? ¿Qué les importa el arte, ni qué Berruguete, que en su vida supo dar un pase de muleta ni plantar una banderilla al trascuerno? En todo caso, estos nuevos vándalos pudieran decir, como Mediodiente en el sainete de *El Manolo*:

«Los héroes como yo, cuando pelean,
no reparan en mesas ni en castañas.»

La cosa, segun noticias, no pasó de allí y á fe no fué poca fortuna, porque los tales habrian sido muy capaces de echar abajo la Giralda, si se interpusiera entre ellos y un lance de capa.

Consiste esto en que en las plazas de toros se respira cierta atmósfera especial que predispone á todo género de barbaridades, y esa atmósfera no es exclusiva de esta ó de aquella poblacion: en semejante punto todas son iguales. Si nos fuera permitido evocar recuerdos de otras épocas, que á ser prudente la historia debiera relegarlos al olvido, volveriamos los ojos, para hallar un verbigracia, á cierta célebre corrida de toros que tuvo lugar en Barcelona por el verano de 1835, y que produjo algo mas que pedradas contra las puertas de un edificio.

Pero quédese esto aqui y pasemos á otro asunto.

Ha principiado á funcionar la nueva compañía lírica italiana, cuya aparicion anunciamos en nuestro número anterior. Seguirémos por su órden sus tareas.

La primera ópera ha sido *Rigoletto*, lo cual no era ciertamente una novedad en sí misma, y casi pudiéramos decir otro tanto de los artistas que en ella tomaron parte. A la Sra. Zenoni acabábamos de oirla en la temporada anterior, así como á los señores Ferri y Lanzoni. El Sr. Irfré no era tampoco del todo nuevo aquí. A la Sra. Borghi-Mamo y al Sr. García, que eran las verdaderas novedades artísticas de la temporada, no les habia llegado todavia su hora; quedaban en reserva para la segunda exhibicion.

No es ciertamente *Rigoletto* la ópera de nuestra especial predileccion; lo cual no sabemos si será una heregía música para los inteligentes. Debe esto consistir en que hallamos su argumento, no solo repugnante, sino tonto además, dicho sea con permiso de los admiradores de Víctor Hugo, primer creador de este esperpento literario. Un bufon que no dice jamás una agudeza ni un chiste, que es por el contrario hurañote, insolente, y á ratos sentimental, es cosa que no tiene sentido comun, y no merecia la pena de que un soberano le pagase solo para hacerle reir, y le vistiese de mamarracho con cascabeles. La escena en que pugna por penetrar en el aposento donde está encerrada su hija con el duque, escandalizaria hasta á las mas abyectas y desgreñadas vestales de las accesorias de la Mirandilla, si ya la costumbre no nos hubiera hecho considerar al argumento de una ópera como un simple pretesto para oir una música mejor ó peor escrita.

¿Y qué diremos del sacrificio de la jóven, cuando ocupa el lugar del duque que ha de ser asesinado? Diremos que semejante abnegacion tal vez pudiera suponerse en una mujer amada; pero en una mujer á la que se desdeña por correr tras perdularias de callejuela, es imposible concebir la exageracion de un sentimiento que no hay nada que lo justifique. Todo aquello no es mas que fantasmagoría de pasion; todo aquello es querer que un mosquito aparezca del tamaño de un avestruz merced á una ilusion óptica. Es mentira, no hay mujer que en iguales circunstancias haga tal, á menos de haberse escapado de una casa de locos.

Há tiempo que la música se ha propuesto hacer esclava suya á la poesía, en vez de mirarla, como en efecto es, como su hermana, y á fé que en esto no ha consultado cuál debiera su propio interés.

Norma, que es y será siempre el encanto de los filarmónicos, está escrita sobre un excelente libreto de Romani, y acaso debe á esta circunstancia el que Bellini aparezca allí mas inspirado, mas artista, que en ninguna otra de las suyas. Síguele *La Somnámbula*, bellísimo libreto tambien, y muy por debajo de ámbas están *Los Puritanos* del mismo célebre autor; partitura escrita sobre un desatinado drama. ¿Y por qué razon ha naufragado Verdi en *La fuerza del destino* sino por haber horriblemente mutilado la atrevida y feliz concepcion dramática del ilustre Duque de Rivas?

La ejecucion de *Rigoletto* ha dado motivo á que muestren una vez mas sus excelentes dotes artísticos algunos de los individuos de la actual compañía. El barítono Sr. Ferri ha estado á toda la altura de su buena fama en el papel del protagonista, y no ha defraudado las esperanzas que nos hizo concebir en *María di Rohan*. Fué muy aplaudido, así como el Sr. Irfré, cuya balata del último acto se ha hecho repetir. La Sra. Zenoni coadyuvó por su parte al éxito.

La concurrencia en ámbas noches escasa, con especialidad en la segunda.

La noche del martes 21 hizo su primera salida la Sra. Borghi-Mamo, con el papel de Leonor en *La Favorita*, siendo saludada á su presentacion por el numeroso público que ocupaba el coliseo. Esta artista posee una bellísima voz de *mezzo soprano*, con magníficos puntos bajos, si bien, como es consiguiente, de poca extension en los altos. Canta con gusto, expresa bien, y dá á cada nota su perfecto colorido cual pudiera un instrumento en hábiles manos. El carácter del papel que desempeñaba no se presta al canto de adornos, y así fué parca en ellos, pero en los pocos que tuvo ocasion de emprender dió una ventajosa idea de su buen gusto y de la flexibilidad de su garganta.

Concluido el duo final del primer acto, el público pidió que se presentase repetidamente en la escena, habiéndola hecho presentar asimismo despues de su aria del tercero y á la terminacion de la ópera.

La Sra. Borghi-Mamo es pues toda una artista. Deseamos oirla en otras óperas para corroborar con mayor copia de datos nuestra opinion de hoy.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

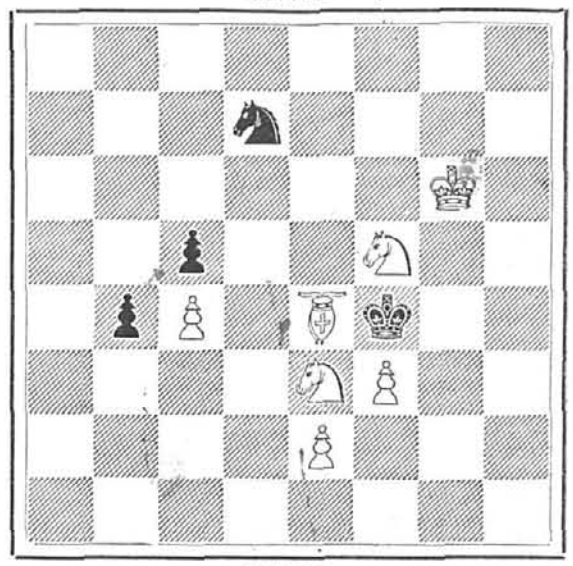
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 13.

1 A 4ª TR — R juega
2 A 5ª CR — P 4ª CRª mejor
3 A 7.ª R jaq. — R juega
4 A 4ª CRª — R juega
5 A 2ª Rª — .....
6 A mate.

PROBLEMA N.º 14, POR HORWITZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en 4 jugadas.

ADVERTENCIA.

Repartimos con el presente número una lámina de tapicería en colores, en vez de las entregas de EL CORSARIO NEGRO que le correspondan, para satisfacer así los deseos manifestados por muchas de nuestras suscritoras.

GEROGLIFICO.

La Administracion de la Moda Elegante en la ISLA DE CUBA, se halla establecida en la Habana á cargo de D. Benito Gonzalez Tánago, calle de la Habana n.º 126.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España